

El punto de vista de las mujeres: la epistemología feminista. Un acercamiento desde la historia y la política.

Vivianne Hasse Riquelme⁴
Lucy Ketterer Romero⁵
Ana Arellano Obreque⁶

Resumen

El ensayo es una reflexión, desde el punto de vista feminista, sobre la ciencia y la historia en la modernidad. Busca hacer un recorrido crítico, tanto de los diferentes postulados del feminismo como del pensamiento postmoderno, de modo de contrastar sus expresiones en la región latinoamericana. También se revisan algunos de los aportes que las mujeres, teóricas, feministas y latinoamericanas, han realizado a configuración de una matriz epistemológica del pensamiento feminista.

Palabras claves: historia, mujeres, epistemología y feminismo.

Abstract

The present essay is a deep insight from the feminist point of view upon science and modernity in history. It is a critical survey on different feminist post modern statements in order to contrast them with those Latin American ones. It also checks some facts presented by Latin American feminists which organize an epistemological matrix of feminist thoughts.

Key words: history, women, feminism, epistemology.

⁴ Asistente Social. Magister en Familia. Académica y Directora de la Carrera de Trabajo Social de la Universidad del Bio Bio, sede Concepción.

⁵ Asistente Social. Magister en Ciencias Sociales Aplicadas. Académica del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de La Frontera, Temuco.

⁶ Asistente Social. Académica del Departamento de Trabajo Social y Directora de Pregrado de la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad de La Frontera, Temuco.

Introducción

El presente trabajo es una reflexión acerca de la epistemología feminista como campo disciplinario que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, posibilita escuchar la voz de las mujeres que levantan una crítica a la *episteme* de la ciencia occidental moderna, así como a su explicación/comprensión de los diversos fenómenos de la realidad (Henrik Von Wright, 1988, 17-56)⁷.

En ese marco, se plantea una reflexión “situada” donde las escritoras: mujeres, blancas, feministas y profesionales del sur de Chile, atisban dicho campo y deliberan acerca de sus posibilidades teóricas y metodológicas, contrastando, los aportes de destacadas teóricas con las hipótesis que surgen desde su “ubicación” en el contexto latinoamericano; cruzada por las contradicciones entre riqueza y pobreza, diversidad cultural y discriminación de su realidad local.

Dicha mirada se centrará, principalmente aunque no exclusivamente, en la Historia buscando comprender la crítica que las mujeres feministas realizan a dicha disciplina durante el siglo XX que, sin pretensiones de ser exhaustiva, permiten avanzar en la elaboración de un marco teórico que, desde un punto de vista feminista, sustente una visión crítica de la *epistemología masculina hegemónica*.

Aproximaciones críticas a la historia como campo de conocimiento moderno.

Es (re) conocido que la *episteme* masculina hegemoniza la ciencia moderna, siendo -a nuestro juicio- la Historia una de las disciplinas que más evidencia este hecho. Basta revisar

⁷ En este sentido las categorías explicación/comprensión refieren a la oposición categorial planteada por Droysen y elaborada más profundamente por Dilthey. La cuestión que subyace ambas categorías es que ellas son núcleos fundantes del pensamiento masculino que hegemoniza la ciencia desde sus inicios hasta la actualidad; sea positivista o hermenéutica.

algunas páginas de cualquier texto para observar que las mujeres, y su forma de *ser, saber y hacer* -tanto en las sociedades actuales como en las antiguas- no aparecen.

Lejos de ser un descuido involuntario del autor o autora (Maffia, 2004), esta negación del *Otro* -en este caso de una *otra sexuada*- parece ser el sino de una ciencia que ha estado desde sus inicios más coludida con el poder centralista (androcentrista, sexista, clasista) dominante en occidente, que con los y las sujetos(as) que componen el *mundo de la vida* en las diversas realidades socioculturales; en categoría de Spivak, con los sujetos subalternos (Spivak, 1998, 189-235).

Respecto de la ciencia y la historia.

La ciencia, como constructo humano y social ha sido ampliamente cuestionada por científicas(os) feministas, en tanto cuerpo de supuestos teóricos y metodológicos marcadamente androcentristas y burgueses que han tendido a perpetuar relaciones de poder y dominio en las sociedades modernas (Harding, 1996).

Sin ánimo de extender esta crítica más allá de lo pertinente, resulta relevante sintetizar algunos elementos acerca de los orígenes del androcentrismo en la investigación social, señalados por Harding, de modo de ilustrar algunos de los debates en tal sentido. En primer lugar, la investigación científica en este ámbito ha tendido a exacerbar el pensamiento racional instrumental (vinculado a lo masculino) por sobre las emociones y los sentimientos (asociados a lo femenino) como elementos causales de las acciones y de la estructura social; segundo, ha centrado su análisis en lo público, oficial, visible, espectacular en desmedro de lo privado, íntimo, invisible de la organización social, política, económica o cultural que pudiera tener la misma relevancia, sesgando nuestra capacidad de comprensión de la vida social; tercero, se asume, principalmente por la sociología, la sociedad “única” como categoría de análisis, generalizándose sus consecuencias en desmedro de que en la realidad hombres y mujeres

viven el mismo fenómeno diferenciadamente, en relación a su género, pero también a su raza, clase, ubicación geográfica, edad, etc.; cuarto, la crítica que señala que en diversos campos de estudio no se considera relevante el sexo de la persona (tanto del investigador como del investigado) como factor determinante de su conducta, de esta manera no se le otorga importancia al sexo del investigador, cuestión que podría, inclusive, estar determinando problemas o intereses priorizando algunos problemas o temáticas a abordar y no otras; y quinto, la influencia del género del investigador sobre la adecuación de los resultados de sus investigaciones.

Por cierto, no sólo dominaciones de tipo sexistas, sino también racistas, clasistas e imperialistas (Bonder, 1999, 30).

En este sentido Harding citando a la historiadora Joan Nelly-Gadol refiere que “(...) las estudiosas feministas de la historia han mostrado cómo se ha prescindido del sexo de los actores sociales (hombres o mujeres) como variable explicativa, aunque, con toda probabilidad, es la variable más significativa en la historia” (Harding, 1996, 79). En contrapartida, el incorporar en el estudio de la historia -particularmente en la historia social- la variable género ha posibilitado dar visibilidad a las mujeres, en tanto “los estudios históricos han cuestionado el llamado sujeto universal único, y denunciado lo incompleto de los hechos históricos y el carácter parcial de la visión que se tiene del pasado” (Harding, 1996, 79).

Sin ánimo de profundizar en la controversia acerca del trato que la historiografía Latinoamericana ha dado a sus mujeres, estimamos relevante señalar que estas críticas hacia la ciencia, y particularmente hacia la historia, adquieren sentido al revisar a sus exponentes clásicos quienes, en general, no las incorporan en sus interpretaciones, invisibilizándolas como actrices de los procesos políticos, sociales y económicos que constituyen la formación y consolidación de los Estados Latinoamericanos. Sólo los hombres, los sujetos públicos, ejercen la política; y como tal, sólo ellos son considerados protagonistas de esos procesos.

En contrapartida, cuando las mujeres son visibilizadas suelen serlo de manera puntual, vinculadas a situaciones sospechosamente anecdóticas, donde sus acciones suelen ser, a lo menos, disruptivas. En Chile son paradigmáticos los casos de Fresia, arquetipo de la mujer indígena estoica durante la conquista; y Catalina de los Ríos y Lisperguer, representando la maldad femenina en la colonia; sin dejar de mencionar que, simbólicamente, lo que se releva de ellas son sus actos negativos a los ojos de los hombres.

Una segunda interpretación que subyace de algún modo en muchos de los historiadores, es una suerte de desplazamiento de categorías analíticas europeas hacia Latinoamérica, sin mediar mayor cuestionamiento. Consideramos que esta deformación analítica ha sucedido, por ejemplo, con el concepto de Estado, en tanto sistema político de ordenamiento de la realidad que los colonizadores traían consigo al arribar a *las Indias*, y pese a que reconocemos que algunos rasgos de esta forma de organizar las relaciones sociales y políticas pudieran haber estado presente en algunas culturas originarias de Latinoamérica, como se ha planteado desde las Ciencias Sociales y particularmente en la Antropología, creemos que la implantación de la forma de Estado europea se traslada a este lado del mundo sin mayores cuestionamientos, como modelo político que posibilita la dominación, en un primer momento; y como resguardo de los intereses de las clases dominantes, en un segundo.

Evidentemente, también sostenemos que esta matriz de ordenamiento sufrió diversos cambios como efectos del choque cultural de ambos mundos, donde se mestizaron no sólo los sujetos sino también sus concepciones de realidad. Los Estado-nación surgidos en este lado del océano, lejos de homologar en su evolución a los europeos, desarrollaron sus propias dinámicas oligárquicas y autoritarias, mediadas, tanto por las condiciones contextuales del nuevo continente, como por las ontologías y epistemologías indígenas; posibilitando relaciones de dominación que –aunque transformadas– las reconocemos hasta el día de hoy.

Distintos han sido algunos enfoques contemporáneos de la historiografía social Latinoamericana que, haciéndose cargo de éstas y otras críticas han ido, paulatinamente, levantando teorías que develan importantes aportaciones de las mujeres a la constitución de las sociedades. Un ejemplo, para el caso chileno, lo constituyen los historiadores Julio Pinto y Gabriel Salazar, quienes han escrito la Historia Contemporánea de Chile, dedicándole a los géneros una especial relevancia en este sentido.

Este valorable esfuerzo, si bien creemos que avanza notablemente dando cuenta de distinciones de género, clase y edad, estimamos que también trasunta ideas preconcebidas de lo femenino. Uno de estos sesgos es la representación de las mujeres como *sujetas* emocionales antes que racionales, en tal sentido nos alumbra la filósofa italiana Rossi Braidotti: “la representación tradicional de la Mujer como irracional, hipersensible, destinada a ser esposa y madre. La Mujer como cuerpo, sexo y pecado. La Mujer como ‘distinta de’ el hombre” (Braidotti, 2004, 12).

Esta suerte de esencialización de las mujeres en sus *pasiones* la observamos nítidamente cuando los autores citados refieren las motivaciones sobre las cuales ellas - particularmente las de la clase dominante- habrían fundamentado su emancipación, a saber: “en el ‘espacio privado’ de origen colonial se incubó, pues, una rebelión femenina, íntima y subjetiva surgida de la frustración sentimental y erótica de las herederas jóvenes del patrimonio mercantil. Fue una rebelión sorda que no tuvo solución ni en el siglo XVII ni en el XVIII sino a fines del XIX” (Pinto, Salazar, 2002, 116).

En el mismo sentido, los autores refieren que la vida social de las mujeres del bajo pueblo “estuvo siempre rodeada, hasta comienzos del siglo XX, por un cerco de ‘escándalo público’. Que no era más que su *‘soltería prolongada’*, en calidad de ‘amante’ de su amo, de mujer “abandonada” por su pareja, de soltera libre, de mujer fugada de su hogar o raptada, de

amante amancebada, o de dueña de rancho y quinta, o de empresaria de 'servicios varios'. Por tener alguna de esas calidades, fue llamada "china", "abandonada", "aposentadora de hombres", "prostituta", etc."(Op. Cit., 117).

En contraposición con estas ideas sostenemos que las mujeres Latinoamericanas han desarrollado una faceta político intelectual, que les ha permitido generar pensamiento y acción emancipadora. A algunas mujeres del siglo diecinueve, su pertenencia a la clase dominante les permitió un acceso privilegiado a los espacios donde socializaban y discutían ideas libertarias⁸. Ello habría generado, ya en esa época, lo que denominaremos -parafraseando a los historiadores- una especie de *frustración política* entre las mujeres criollas, quienes al ser excluidas del espacio público comenzaron a larvar formas de acceder a él.

Por otra parte, y creemos que por su calidad de sujetos subalternos (doble o triplemente subalternas como en el caso de las mujeres indígenas: por ser mujeres, pobres e indias), poco conocido y menos destacado ha sido, por la historiografía nacional, el rol y aportes de la organización de las mujeres obreras y anarquistas que se organizaron tempranamente en Chile, desde 1900 en adelante, aunando cuestiones de género y clase. Dichas mujeres, sin educación formal, fueron capaces de cuestionar y difundir las problemáticas que las afectaban creando incluso sus propios periódicos, como La Alborada y La Palanca, en 1905 y 1908. Gran influencia tuvo la española Belén de Sárraga, invitada al país por los radicales y al norte de Chile por Luis Emilio Recabarren y Teresa Flores (Gaviola, Largo, Palestro, 1994).

No obstante las críticas precedentes es de toda justicia mencionar que también hay interesantes avances en la generación y producción de investigaciones históricas, tanto a nivel

⁸ María de Lourdes Alvarado refiere que, en 1790, en Madrid, se publica el primer alegato público a favor de la capacidad intelectual de las mujeres denominado *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, escrito por Josefa Amar y Borbon. La autora también señala que "Como otras tantas, estas ideas debieron permear los intelectos más receptivos de aquende el océano, quienes con su participación, hicieron de la prensa un espacio publico donde ventilar sus preocupaciones centrales en torno a la educación y condición de las mujeres, asunto que hasta donde puede observarse, ocupó de manera especial su atención". Pág. 506.

nacional como latinoamericano, permitiendo en la actualidad exhibir una mayor gama de estudios que rompen los estereotipos tradicionales respecto de la inclusión e interpretación del rol de la mujer en dicho campo de estudio. En ese plano nos parece importante reconocer los aportes generados por Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri, Igor Goicovic, Carmen Norambuena, Margarita Iglesias, sólo por mencionar algunos nombres a nivel local⁹.

La crítica feminista, sus objetivos y alcances.

En este punto de la reflexión cobran relevancia las aportaciones del feminismo, en tanto corriente de pensamiento teórica y política que, para los fines de este artículo, entenderemos como “*la aceptación de tres principios: uno descriptivo, uno prescriptivo y uno práctico*” (Maffia, 2004). El descriptivo da cuenta de que en casi todas las sociedades las mujeres están subordinadas a los hombres. El prescriptivo es una afirmación valorativa que no dice qué es la mujer, sino lo que *debe ser*, en otras palabras, no la describe sino que la valora cuestión por demás injusta; y el práctico, que deviene de la acción abriendo posibilidades para que mujeres –y también hombres– se comprometan desde los lugares donde se posicionan para que esto no siga sucediendo (op. Cit).

El objetivo epistemológico del feminismo contemporáneo ha sido “desestabilizar los supuestos fundadores de la teoría moderna” (Barrett, Phillips, 2002, 13-23), que desde sus discursos universalizantes, totalizadores y homogeneizantes imponen, soterradamente, la visión androcéntrica como única forma de conocer. Desde esa postura las mujeres han sido las sujetas otras quienes han puesto la objetividad y neutralidad científica en tela de juicio, en un debate que si bien tiene larga data, no ha sido para nada aprehendido por los científicos

⁹ Sobre el particular ver: RAFAEL SAGREDO y CRISTIÁN GAZMURI (2005) (directores), *Historia de la vida privada en Chile*. Tomo I. *El Chile tradicional. De la Conquista a 1840*. Taurus-Aguilar Chilena de Ediciones, Santiago; GOICOVIC, IGOR (1998) *Sujetos, mentalidades y movimientos sociales en Chile*. CIDPA. Santiago; NORAMBUENA, CARMEN (2000) “Exilio y retorno. Chile 1973-1994” En *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. LOM Ediciones. Santiago; IGLESIAS, MARGARITA (2004) *Género y globalización*. Editorial Aun Creemos en los Sueños. Santiago.

contemporáneos; ello, especulamos, en tanto un reconocimiento de esa envergadura significaría un costo político difícil de ser asumido por quienes ostentan, simbólicamente y materialmente, el poder del conocimiento.

Dicha crítica permite que el feminismo se constituya en una doble matriz, tanto epistemológica como política, apuntando al conocimiento profundo de la realidad para cambiar o “deconstruir” las estructuras patriarcales que actualmente conocemos y que se reproducen “científicamente” para continuar posicionando a las mujeres como sujetos subalternos. Pero también la matriz epistemológica-política del feminismo es constitutiva de posición que, en tensión permanente por la bi-direccionalidad del lugar que ocupan las mujeres feministas (dentro / fuera del sistema patriarcal), las instala en los márgenes del sistema de poder patriarcal.

¿De qué hablamos cuándo hablamos de una epistemología feminista?

Como señala Harding, “una epistemología es una teoría del conocimiento [que] responde a la pregunta de quién puede ser "sujeto de conocimiento" (¿pueden serlo las mujeres?). Trata también sobre las pruebas a las que deben someterse las creencias para ser legitimadas como conocimiento (¿pero acaso se refiere sólo a las pruebas que aplicarse a las experiencias y observaciones masculinas?). Aborda el asunto del tipo de cosas que pueden conocerse (¿pueden considerarse como conocimiento las "verdades subjetivas"?), y muchos otros problemas similares” (Harding, 1987).

Desde este punto de vista, el objetivo fundante de la epistemología feminista es desestabilizar la “gran” teoría que subsume, en una única explicación, los cuestionamientos previamente señalados, en tanto y siguiendo a Barrett y Phillips “las feministas se han vuelto muy suspicaces respecto a los discursos teóricos que se declaran neutros mientras hablan desde una perspectiva masculina, y en ocasiones han perdido las esperanzas de que sea

posible un pensamiento 'neutro en cuanto al género' (Barrett, Phillips, 2002). Y si bien esta crítica tampoco es nueva, ha sido el cuestionamiento a los meta-relatos de la modernidad occidental, el sustento teórico a partir del cual las feministas han debido levantar una epistemología propia, que tampoco ha dejado de sufrir críticas, como lo veremos más adelante.

En ese marco, liberalismo, humanismo y marxismo -teorías ilusoriamente universalizadoras y generalizadoras- han mostrado su lado oscuro, al recibir no sólo la crítica que han levantado las feministas, sino también otras identidades subalternas subsumidas en estos grandes discursos. "Gran parte de este trabajo es de carácter "deconstructivo" y busca desestabilizar -poner en tela de juicio, subvertir, invertir, invalidar- algunas de las oposiciones binarias jerarquizantes de la cultura occidental (incluso las que implican el sexo y el género). Así pues, se trata de una teoría feminista en evolución, cuya intención es desestabilizar" (Op. Cit, 1).

La crítica feminista postmoderna no sólo ha cuestionado las teorías masculinas, sino también ha hecho un esfuerzo de autoanálisis crítico que le ha permitido poner en cuestión sus propias bases paradigmáticas -su propio "megarelató" que, ciertamente, invisibilizaba el punto de vista y los deseos de muchas mujeres- propiciando con ello la generación de nuevas posturas en un discurso feminista que, hasta antes de la década de los setenta, no incluía las subjetividades de mujeres negras o lesbianas, por ejemplo.

En este sentido, el feminismo latinoamericano ha hecho aportes sustanciales con el objeto de recrear la "otra mirada" al interior de la corriente de pensamiento. Muy importantes en la configuración de esta nueva matriz paradigmática -por cierto en permanente reelaboración- han sido las mujeres afrocaribeñas e indígenas, aportando sus vivencias cotidianas y alteridades que antaño no conformaban una preocupación central para el feminismo que, por su origen ilustrado, durante mucho tiempo fue blanco, burgués y europeo.

Así los discursos feministas surgidos en los setenta, pese a contar con grandes taxonomías que denotaban oposiciones fundamentales en sus postulados y métodos, en su sustrato profundo coincidían en postular la opresión sistemática de las mujeres como un patrón de las relaciones entre los sexos, y la *estructura social*¹⁰ como explicación causal de dicha opresión.

Con el objeto de comprender en profundidad cómo la estructura social incide en la configuración de relaciones opresivas entre los sexos, las feministas adoptan la categoría de género. Dicha herramienta metodológica que, poniendo en el centro de atención las relaciones hombre - mujer, posibilita la distinción entre los fenómenos de la conducta que tienen causas biológicas, de aquellos que se presentan como imperativos socioculturales asignados a los sujetos en función de su sexo y que determinan lo que conocemos como masculino y femenino en los grupos humanos.

En ese marco, el género es una categoría que, a las Ciencias Sociales le posibilita observar empíricamente las construcciones culturales que, a partir del sexo, constituyen a las personas y en las cuales, tanto los sujetos investigadores(as) como los(as) investigados(as) están conciente o inconscientemente contenidos. Ello ha permitido demostrar como dicha construcción cultural compleja se ha desplazado e instalado en la misma ciencia y sus productos que, como constructo humano, replica la subordinación genérica dentro de sí misma (Harding, 1994).

La categoría de género como herramienta para el análisis feminista en la ciencia

“De los descubrimientos de la antropología cultural, uno muy importante fue las descripciones etnográficas obligaron a los eurocéntricos occidentales -tanto científicos como a

¹⁰ Entre los feminismos de la época encontramos al liberal, al radical y al socialista. Entre los elementos causales presentes en la estructura social encontramos desde el sistema cultural patriarcal, el sistema capitalista explotador y la división sexual del trabajo que confina a las mujeres en lo doméstico.

los filósofos o a la gente corriente- a cuestionarse ese supuesto básico de nuestra cultura que consiste en asumir que la especie humana está dividida en dos géneros: masculino y femenino. La observación de otras culturas hizo necesario admitir que no sólo esto no ocurre siempre, puesto que se descubrieron sociedades con más de dos géneros, sino también que la seguridad con que en Occidente se da por supuesto que los géneros son dos encubre, en realidad, un punto de fricción y un nudo de problemas que nuestra cultura no tiene resueltos. Esta tensión se refleja, por ejemplo, en el hecho de que es muy importante la información sobre el género cuando se conoce a una persona; pero, en caso de duda, raras veces se seguiría el camino más corto para resolverla, que sería el preguntarle directamente a la víctima a cuál de ellos pertenece. Las descripciones etnográficas demostraron, asimismo, que la diversidad de contenidos de lo femenino y de lo masculino es enorme en las distintas culturas y épocas. Este descubrimiento contribuyó a de construir el supuesto carácter natural del género”. (Rivera, 2003, 156)

El sexo es la diferencia primigenia que constituye a los seres humanos. Consecuentemente, y como señaláramos precedentemente, la adscripción de género transversaliza al sujeto científico(a), y con ello al producto de su acción. Pese a la supuesta objetividad de los resultados científicos, la mayoría de ellos están teñidos tanto por el género, como por su cercanía con las clases dominantes de la estructura social. Ello resulta en un saber que subordina a otros, y particularmente a las mujeres, en tanto la ciencia en general ha validado, en innumerables ocasiones, prejuicios sociales acerca de los sujetos femeninos. Una subordinación que está inmersa en nuestras prácticas simbólicas y materiales, lo que Bourdieu denomina *habitus*, y que la mayoría de las veces toma un matiz de “inocencia”, pero con un alto contenido de violencia simbólica (Bourdieu, 2000), como el que se trasunta -a modo de ejemplo latinoamericano- cuando Sábato señala:

“Habrá siempre un hombre tal que, aunque su casa se derrumbe, estará preocupado por el Universo. Habrá siempre una mujer tal que, aunque el Universo se derrumbe, estará preocupada por su casa” (Sabato, 1945, 29).

En dicha premisa el connotado filósofo posiciona a los hombres en lo universal, general y objetivo; en el centro mismo de una ciencia pública que explica los fenómenos universales. En contrapartida, la mujer es posicionada en lo terrenal, particular y subjetivo; en el centro del espacio privado, de las emociones: la casa, lo doméstico.

La categoría analítica “género” como concepto de las ciencias sociales tiene, en la lengua española, más de un significado contrariamente a lo que sucede en la lengua inglesa, donde el vocablo *gender* contiene los sexos. En español, género hace referencia al menos a tres cuestiones: a) a las mujeres, como producto de cierto “blanqueamiento” que tanto la academia como la institucionalidad estatal ha realizado de una categoría que es altamente política; b) a la construcción cultural que, a partir de la diferencia sexual, las sociedades hacen de los sexos en un contexto histórico dado y c) la significación psicoanalítica, tal vez la menos conocida y abordada, que da cuenta de la identidad sexual de las personas (Lamas, 1990).

El género es, entonces, una categoría analítica compleja que, si no la abordamos en toda su multidimensionalidad en el análisis de la realidad social, nos puede llevar a errores conceptuales y metodológicos que lejos de posibilitar la deconstrucción de relaciones perversas, nublará nuestra capacidad de dar cuenta de nuestros propios *habitus* de género.

Lo que subyace la categoría de género es la dominación de los hombres sobre las mujeres, generada en un proceso psíquico que determina las estructuras de tiempo y espacio y la división sexual del trabajo. Así la asignación simbólica de género se encarna (incardina) en nuestros cuerpos, de modo que no somos capaces de “ver” el predominio masculino,

naturalizándolo y normalizándolo mediante violencia simbólica (Bourdieu, 2000); sin saberlo, pero con consentimiento, nos constituimos en víctimas y/o victimarios¹¹.

La acepción simbólica del género se expresa a nivel de nuestras significaciones más íntimas, aquellas que ni nosotras(os) reconocemos, instaladas en nuestra psiquis inundan nuestras explicaciones respecto de sus formas de expresión en la realidad. Ellas nos envuelven como una especie de bruma, impidiéndonos inclusive la visión de aquello que queremos abordar como objeto de nuestro análisis; de aquello que quisiéramos cambiar.

Como se denota hasta aquí el género es una categoría compleja que contiene elementos simbólicos y materiales altamente imbricados, lo que hace extremadamente difícil su disociación analítica, y con ello el logro de explicaciones causales últimas acerca de su presencia y expresión en los grupos humanos. Ello nos mueve a plantear una especie de pacto epistemológico en las ciencias sociales latinoamericanas, en tanto nuestro postulado es que la categoría aún no ha sido abordada en su total magnitud en la región (Lamas, 1990), de modo de acordar qué vamos a entender por género en las disciplinas. Tal parece que hasta no tener un acuerdo de este tipo, es necesario acercarse a una conceptualización de la categoría que incluya su significado psíquico, ya que de por sí su significado cultural da cuenta parcial de ella, ocultando la alta implicancia que lo sexual tiene en ella.

Esta omisión de la compleja relación entre lo “psíquico y lo social”, a nuestro juicio, higieniza una categoría de alto contenido político que, actualmente, ha sido puesta en “el ojo del huracán” por las propias mujeres latinoamericanas en lucha por el reconocimiento de sus derechos sexuales y reproductivos, la autonomía sobre su cuerpos y el derecho a decidir sobre el proceso de reproducción humana que las atañe particularmente.

¹¹ Siempre somos víctimas y/o victimarias/os; ello producto de la imbricación de la categoría de género con las de clase y etnia.

La comprensión que la sexualidad humana tiene una historia que ha ido cambiando a partir de las reconfiguraciones de las matrices sociales occidentales, producidas por la profundización del capitalismo (neoliberalismo) y de los procesos de globalización (TIC`s en un sentido amplio), nos permite visualizar otras aportaciones de la categoría que consecuentemente tienen incidencia en el cuestionamiento de la heterosexualidad como patrón dominante de la sexualidad (Foucault, 1976, 18). Dicho patrón hegemónico de unión sexual entre hombres y mujeres, que por cierto está siendo cuestionado por grupos subalternos en Latinoamérica, ha posibilitado la perpetuación de la familia patriarcal como el núcleo social fundamental y, con ello, la consecuente ubicación de hombres y mujeres en las sociedades capitalistas. Así mismo, sustenta la reproducción del sujeto, otrora proletario (trabajador) explotado en los procesos de producción; hoy ciudadano “credi- card” consumidor y, muchas veces, desempleado.

Brevemente, y buscando sintetizar los principales postulados que han posibilitado a las teóricas feministas levantar lo que María Milagros Rivera (2003) denomina la “teoría de los géneros”, mencionamos los siguientes puntos: a) una distinción entre datos biológicos y la adscripción de género que la cultura asigna al sujeto (masculino o femenino); b) el género se encuentra presente como principio básico organizador de todas las sociedades conocidas; c) que, siendo el género el principio básico de la organización social y cultural, no existe ninguna sociedad donde opere de manera neutra y que lo masculino sea simétrico a lo femenino; d) el género se le asigna a las personas desde su nacimiento (inclusive antes, en tanto producto de la tecnología la asignación de género se hace sobre el producto de la concepción humana, antes de que sea un(a) sujeto) no existiendo una batería amplia de mecanismos culturales que posibiliten pasar de manera fácil de un género a otro (Rivera, 2003,162); o los contenidos de las

identidades masculina y femenina, “al parecer” se transmiten mediante la socialización¹². (op. Cit., 162); f) la interdependencia entre género y parentesco en su constitución (op. Cit., 165)¹³; g) siendo los contenidos de género variables de una cultura a otra, suele haber tendencia a que lo masculino esté sobre lo femenino en la mayoría de las culturas y h) existiendo un modelo de género en cada sociedad, éste suele tener variantes internas asociadas a la pertenencia de clase (y la pertenencia étnica agregaríamos desde nuestra realidad cultural) de los(as) sujetos.

Feminismo y posmodernidad /¿feminismo o posmodernidad?

Feminismo y posmodernidad son corrientes de pensamiento que, en la actualidad según lo señalado por Jane Flax (citada en Benhabib, 1994), se han encontrado en la crítica a los grandes relatos heredados de la ilustración (Benhabib, 1994, 244).

En ese marco a las tesis de “Muerte del Hombre, de la Historia y de la Metafísica” enarboladas por el pensamiento posmoderno, la teoría feminista plantea su propio punto de

¹² Pasar de un género a otro está previsto en algunas sociedades pero, al parecer, una sola vez. El mecanismo descrito entre ciertos indios norteamericanos consistía, para casos dudosos, en incendiar la cuna, de manera que la nueva clasificación dependería de los objetos que intentara salvar la criatura en su huida del fuego. En la Europa cristiana hay referencias a cambios de género, normalmente acompañados de la ruptura física de vínculos con el lugar de nacimiento y de crianza. Se trata de cambios que corroboran la validez del sistema de géneros. Un ejemplo muy popular durante siglos en Europa fue la versión de la historia de santa Pelagia (m.8 octubre h. 290), que recogió hacia 1262 el dominico de Génova Santiago de la Vorágine en La Leyenda dorada. Dice este texto: "*Pelagia, joven bellísima, dueña de incalculables riquezas y bienes de fortuna, ambiciosa, presumida y entregada de cuerpo y alma a la lascivia, fue en su tiempo la mujer más famosa y popular de Antioquía. En cierta ocasión, mientras fastuosamente ataviada paseaba por las calles de la ciudad, vestida desde la cabeza a los pies de oro, plata, pedrería y deslumbrantes alhajas, tan profusamente perfumada que a su paso el ambiente quedaba impregnado de exquisitos aromas, viola un padre muy santo, llamado Nono, obispo de Heliópolis... Pelagia -prosigue la narración- se convierte al cristianismo, lo vende todo y marcha al Monte Olivete vestida de ermitaño. Unos años después, un diácono de Nono va a verla (es Pelagio ahora): El diácono lo localizó y lo visitó. Pelagia reconoció inmediatamente al diácono, pero él a ella no, porque a causa de la mucha penitencia que hacía estaba muy desfigurada y auténticamente demacrada... Muere Pelagia y: Al sacar el cadáver de la celda y advertir que el presunto ermitaño era mujer, quedaron sumamente sorprendidos y, llenos de admiración y dando gracias a Dios, enterraron su cuerpo con profunda reverencia*".

¹³ "La hipótesis que sostiene la interdependencia de género y parentesco ha abierto, pues, vías para explicar cuestiones tan importantes como el origen de los sistemas de género, la articulación de la subordinación de las mujeres en el orden patriarcal, y el rechazo político del feminismo hacia la institución familiar. El hecho de que esta vía de análisis haya sido formulada por el feminismo académico puede tener la ventaja de facilitar su mayor pervivencia en el tiempo y su difusión en espacios sociales insensibles al saber producido por el movimiento de mujeres".

vista que, por cierto, argumenta desde una teoría de los géneros, un nuevo sentido y significado para dichos relatos.

A la tesis de la “Muerte del Hombre” (Op.Cit., 244), el feminismo responde que el deceso corresponde más bien a una “Desmitificación del Sujeto Masculino de la Razón” (Op. Cit., 245); sujeto que hasta ahora era el actor universal de la Historia. La tesis de la “Muerte de la Historia” se responde con la “Generización de la narración histórica” (Op. Cit., 245)¹⁴, que instala en el centro del escenario a aquellas(os) que siempre han estado en bambalinas (las mujeres, los grupos sexuales, etc.) y, por último, la rectificación feminista para la tesis de la “Muerte de la Metafísica”, sería el “escepticismo feminista hacia las pretensiones de la Razón Trascendental” (Op. Cit., 246).

Dicho escepticismo tiene su *nudo* crítico en la ubicación que el pensamiento postmoderno otorga al Hombre. Si tal como plantea el feminismo, éste “está atrapado para siempre en la telaraña del sentido ficticio, en las cadenas del significado, en las que *el sujeto es simplemente otra posición en el lenguaje*” (Op. Cit., 246), su ubicación subsumida en el enunciado resulta en su pérdida de capacidad reflexiva, así como de autonomía, para “deconstruirlo”. El sujeto se vuelve así esclavo de su propia creación, negando su posibilidad para crear nuevas utopías.

En contraparte, el feminismo pese a estar de acuerdo con que la subjetividad es configurada por “el lenguaje, por una narración y por las estructuras simbólicas del relato

¹⁴ “Si el sujeto de la tradición intelectual occidental ha sido normalmente el cabeza de familia varón, blanco, propietario, cristiano; entonces la Historia tal como se recuerda y se narra hasta ahora, ha sido “su historia”. Además, las diversas filosofías de la historia que han dominado desde la Ilustración han sometido la narración histórica a unidad, homogeneidad y linealidad, con la consecuencia de que la fragmentación, la heterogeneidad y, sobre todo, la variable marcha de las distintas temporalidades, tal como se experimentan por los diferentes grupos, han sido obliteradas. Basta recordar la cita de Hegel sobre que África no tiene historia. Hasta muy recientemente, tampoco las mujeres han tenido su propia historia, su propia narración con distintas categorías de periodización y con diferentes regularidades estructurales”.

disponible en una cultura” (Op. Cit., 246), estima impropio la sobre determinación otorgada a la estructura, planteando que, en tanto “frente a nuestras propias historias estamos en la posición de autor y personaje a la vez” (Op. Cit., 246). Es la construcción de este espacio autónomo el que otorga al pensamiento feminista, como a los otros subalternos de la sociedad, el marco regulatorio de “acción, autonomía e identidad” que posibilitan su emancipación (Op. Cit., 246).

La crítica densa del feminismo a la posmodernidad conlleva, en la actualidad, una “política de la situación” que busca encontrar en las prácticas cotidianas, los juegos de lenguaje y las tradiciones culturales -frente a la muerte de los mega relatos que antaño garantizaban los discursos emancipatorios de los cuales hemos presenciado su funeral- algunos criterios que sirvan de sustento a las transformaciones radicales postuladas, de modo de no tener que renunciar a la utopía con que las mujeres, y los sujetos subalternos, significan su libertad. En esa búsqueda las feministas de este lado del mundo tenemos mucho que decir.

Otros feminismos (latinoamericanos) o “las epistemologías de los márgenes”

Siguiendo a Walzer (citado en Benhabib, 1994) cuando aduce que “las posmodernas deberían mantener que la visión de un crítico social nunca es “la visión desde ninguna parte” sino siempre la visión de alguien situado en algún lugar, cultura, sociedad y tradición”(Op.Cit., 252), nos referiremos, brevemente, a la crítica que las *otras* mujeres feministas -particularmente las latinoamericanas- han levantado contra los “cuasi-metarrelatos, con sus asunciones de la universal dependencia de la mujer y su confinamiento en la esfera doméstica, como falsas extrapolaciones de la experiencia de la mujer blanca, heterosexual, de clase media que dominó los inicios de la segunda ola...”(Op. Cit., 249) del feminismo.

Notables han sido los aportes que las feministas latinoamericanas han realizado a la visualización de sus realidades marginales, en una de las regiones más pobres del mundo. Los

movimientos de mujeres y profesionales -feministas- de la región se han centrado en la producción de conocimientos “anclados” en las realidades propias de los sujetos que, comprometidos políticamente, cuestionan las premisas objetivizantes de las ciencias(Crítica Epistemológica Feminista, 2006, 2)¹⁵.

La realidad latinoamericana siempre ha estado marcada por su dependencia, material – económica- y simbólica, actualmente al Banco Mundial, antaño a la vieja Europa; en este territorio las diferencias de género, clase y etnia imprimen sello propio a las relaciones de hombres y mujeres.

El machismo -matriz de herencia patriarcal de los conquistadores españoles- “tiende[n] a ignorar las desigualdades de poder entre los géneros, las clases, los grupos étnicos, etc. tanto *al interior* de los países como en las jerarquías que rigen el relacionamiento *entre* países”, construyendo “universales” y falsas categorizaciones que no permiten comprender, en su real dimensión, las relaciones/contradicciones entre riqueza, pobreza y exclusión; realidad cotidiana para 255 millones de personas, principalmente mujeres (Op.Cit., 3-4)¹⁶.

Frente a esta compleja realidad, el movimiento de mujeres latinoamericano se ha constituido en un esfuerzo que, enfrentado muchísimos retos -que van desde la falta de recursos para la investigación hasta la mínima importancia que las fuentes de financiamiento otorgan a “los temas de las mujeres-, han (en)generado un tejido de redes de cooperación donde las propias mujeres elaboran conocimientos teóricos y prácticos con el objeto de

¹⁵ Justamente por su capacidad singular de develar tanto los sesgos androcéntricos como las maneras complejas y diversas en que éstos interactúan con otras formas de opresión, la investigación/teorización feminista tiene el potencial de jugar un rol trascendente en la transformación no sólo de los paradigmas científicos dominantes, sino también de las realidades sociales sobre las cuales éstos actúan.

¹⁶ “Mientras los paradigmas económicos exaltan los beneficios de la apertura comercial y la desregularización de los mercados financieros y laborales, vemos deteriorar la situación de las mujeres -que trabajan jornadas extendidas con escasos beneficios laborales, que son las primeras en ser despedidas, las que en mayor porcentaje trabajan en condiciones precarias e ilegales, las que reciben los menores salarios, y las que además afrontan la “doble jornada” laboral”.

comprender e incidir en dichos fenómenos; muchos de los cuales son dramáticamente soslayados -o inclusive distorsionados- por una investigación convencional donde predominan discursos que estrechan demasiado, a las Ciencias -Sociales en este caso- con la fetichización hegemónica del mercado como ente regulador de las prácticas socioculturales (Op. Cit., 3)¹⁷.

En el mismo sentido crítico, pero desde un “anclaje” más específico, las mujeres negras también han levantado su punto de vista respecto de un feminismo “blanco” que ha hegemonizado las teorías feministas de las últimas décadas. Tal como sostiene Bell Hooks (1990:2): “El desconocimiento de la importante presencia negra en la cultura, en la mayoría de las investigaciones así como en escritos sobre el posmodernismo, obliga a la lectora/el lector negra/o, en particular a la lectora negra a preguntarse si se justifica tener interés en un tema que discuten y escriben individuos que parecen no conocer la existencia de la mujer negra o que no consideran la posibilidad de que nosotras estemos escribiendo o diciendo algo que debe ser escuchado o produciendo arte que debe ser visto, oído y analizado con seriedad intelectual”(Crítica Epistemológica Feminista, 2006, 1).

Las feministas negras y afrocaribeñas han denunciado cómo el pensamiento de las mujeres burguesas, blancas y, mayoritariamente, de países desarrollados, ha convergido con la epistemología del sujeto universal, ocultando la composición multirracial-cultural-étnica-sexual-etc. de las sociedades en general y de Latinoamérica en específico, coadyuvando a la fragmentación del movimiento de mujeres. Dicha crítica ha posibilitado levantar nuevas

¹⁷ “Las agendas de investigación feministas deben prestar atención a un número creciente de problemáticas que no son abordadas por la investigación convencional o que bien son distorsionadas por los lentes paradigmáticos dominantes. Los estudios sobre migración constituyen un buen ejemplo de lo anterior, con sus énfasis recientes en asuntos laborales, en los impactos económicos de los flujos de remesas hacia los países de origen, y en los impactos sociales de las poblaciones migrantes en los países de acogida. Mientras tanto, en países como República Dominicana, Colombia y Brasil, que son grandes exportadores de trabajadoras sexuales a los países ricos, todavía se sabe muy poco sobre las dinámicas de clase, raza y género detrás del tráfico de mujeres, sobre las experiencias y condiciones de vida de estas mujeres y sus familias, sobre el impacto del fenómeno en los hogares y comunidades de origen, etc. En algunos casos -v.g., en la República Dominicana - ni siquiera se ha dimensionado el problema, no existiendo aún estimados confiables del número de mujeres afectadas”.

categorías de análisis de la realidad propia, como la de “violencia racial”, abriendo oportunidades para una mejor comprensión de fenómenos estrechamente imbricados como género y raza (Carneiro, 2001) “Ennegrecer el feminismo” ha sido el llamado de éstas mujeres (Op. Cit)¹⁸.

Sin el afán de querer sintetizar las diversas posturas feministas actuales, las cuales por cierto no se encuentran libres de contradicciones y cuestionamientos a nivel teórico y epistemológico -lo que Patricia Collins (citada en Carneiro 2001) ha denominado “hablando en lenguas” buscando una metáfora lingüística que permita dar cuenta de dichos discursos sin anularlos en una nueva “verdad totalizante”- acudimos a Sueli Carneiro quien sostiene -para el caso de las feministas de la Comunidad de Naciones en el Caribe - la imperiosa necesidad de que “[ellas] desarrollen sus propias herramientas analíticas para teorizar sobre las relaciones de género en sus sociedades, incorporando en el feminismo elementos de los enfoques de economía política y posmodernismo” (Op. Cit). Ello, sostenemos, es el gran desafío teórico y metodológico del feminismo latinoamericano del siglo XXI.

Necesitamos de nuevas herramientas analíticas, como nos señala Sueli, sobre todo para comprender las posiciones, condiciones y vivencias de las mujeres que sufren la violencia de género; de las mapuche que vivencian cotidianamente la discriminación; de nosotras mismas, y nuestras propias prácticas en las universidades; en fin, necesitamos dialogar y recrear una

¹⁸ “Cuando hablamos del mito de la fragilidad femenina que justificó históricamente la protección paternalista de los hombres sobre las mujeres, ¿de qué mujeres se está hablando? Nosotras -las mujeres-negras- formamos parte de un contingente de mujeres, probablemente mayoritario, que nunca reconocieron en sí mismas este mito, porque nunca fueron tratadas como frágiles. Somos parte de un contingente de mujeres que trabajaron durante siglos como esclavas labrando la tierra o en las calles como vendedoras o prostitutas. ¡Mujeres que no entendían nada cuando las feministas decían que las mujeres debían ganar las calles y trabajar! Somos parte de un contingente de mujeres con identidad de objeto. Ayer, al servicio de frágiles señoritas y de nobles señores tarados. Hoy, empleadas domésticas de las mujeres liberadas. Cuando hablamos de romper con el mito de la reina del hogar, de la musa idolatrada por los poetas, ¿en qué mujeres estamos pensando? Las mujeres negras son parte de un contingente de mujeres que no son reinas de nada, que son retratadas como las anti-musas de la sociedad brasilera porque el modelo estético de mujer es la mujer blanca”.

nueva forma de conocimiento que nos posibilite una nueva forma de relacionarnos entre hombres y mujeres, y también entre nosotras mismas.

BIBLIOGRAFIA

BARRETT, Michèle y **PHILLIPS**, Anne (2002): "Introducción". En *Desestabilizar la Teoría: Debates Feministas Contemporáneos*. Editorial Paidós. México D.F.

BENHABIB, Seyla (1994). "Feminismo y Posmodernidad: Una Difícil Alianza", En Amorós, Celia (Eds.) *Historia de la Teoría Feminista*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas, Universidad Complutense de Madrid.

BOURDIEU, Pierre (2000): *La dominación masculina*. Editorial Anagrama. Barcelona.

BONDER, Gloria (1999): "Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente", en *Género y epistemología. Mujeres y Disciplinas*, LOM Ediciones.

BRADOTTI, Rosi (2004): *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada.nómada* Gedisa Editorial. Barcelona.

FOUCAULT, Michael (1976): *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores. México D.F.

GAVIOLA, Edda; **LARGO**, Eliana Y **PALESTRO** Sandra (1994): *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*. Akí & ahora. Santiago.

HARDING, Sandra (1987): "Is There a Feminist Method?" en *Feminism and Methodology*, Bloomington/ Indianapolis. University Press. Indiana.

_____ (1996): *Ciencia y feminismo*, Ediciones Morata, Madrid.

HENRIK VON WRIGHT, Georg (1988): “Dos Tradiciones”, en *Explicación y Comprensión*, Madrid, España, Alianza Editorial. pp.17-56.

PINTO, Julio Y SALAZAR, Gabriel (2002): *Historia Contemporánea de Chile. Tomo IV. Hombres y feminidad*, LOM Ediciones.

RIVERA, Maria Milagros (2003): *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Icaria Editorial. Barcelona.

SABATO, Ernesto (1945): *Uno y el Universo*. Editorial Seix Barral. Pág. 29.

SPIVAK, Gayatri (1998): “Puede Hablar el Sujeto Subalterno”, en *Revista Orbis Tertius*, Año III N° 6, pp.189-235.

FUENTES ELECTRONICAS

CARNEIRO SUELI (2001): *Ennegrecer el feminismo*. [en línea] 2001 [Brasil] [citado 23 diciembre 2007]

Disponible en la World Wide Web:

http://www.penelopes.org/Espagnol/xarticle.php?id_article=24

CRÍTICA EPISTEMOLÓGICA FEMINISTA. Feminismos poscoloniales y no-occidentales: la investigación feminista en Latinoamérica. [en línea] 2006 [México] [citado 23 diciembre 2007]

Disponible en la World Wide Web:

http://pruebas.cuaed.unam.mx/crp_ocu/puel/cursos/rifmd03_v2/materiales/unidad2/2_3_feminismos_poscoloniales.pdf

CRÍTICA EPISTEMOLÓGICA FEMINISTA. Desde la marginalidad: el “punto de vista” del feminismo no blanco. [en línea] 2006 [México] [citado 23 diciembre 2007]

Disponible en la World Wide Web:

http://www.oui-iohe.qc.ca/cours/10_es.aspx

LAMAS, MARTA. Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género. . [en línea] 1990 [México] [citado Octubre 2006]

Disponible en la World Wide Web:

<http://www.udg.mx/laventana/libr1/lamas.html>

MAFFIA, DIANA. Epistemología feminista: por otra inclusión de lo femenino en la ciencia. [en línea] 2004 [Argentina] [citado 23 diciembre 2007]

Disponible en la World Wide Web:

<http://www.ragcyt.org.ar/docum/0402A.pdf>